

EL CENIZAL CELTIBÉRICO DEL YACIMIENTO SAÚCO (UBIERNA, BURGOS): UNA INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA Y PALEOAMBIENTAL

CARMEN ALONSO FERNÁNDEZ

JAVIER JIMÉNEZ ECHEVARRÍA

CRONOS S.C. Arqueología y Patrimonio

RESUMEN: *Los cenizales forman parte indisoluble del paisaje de los principales castros de la Segunda Edad del Hierro del área celtibérica, y también vetona, si bien su rápida formación presenta claros oscuros en su atribución como escombreras resultantes de la reorganización urbana. Se presentan los resultados obtenidos a partir de la excavación arqueológica realizada en un sector del yacimiento Saúco de la localidad de Ubierna (Burgos), y la corresponsabilidad de otros depósitos similares de los castros de Monasterio de Rodilla y Los Ausines que jalonan pequeñas sierras donde se abren vías de comunicación. Nuevas propuestas arqueológicas podrían vincular su génesis con la celebración de mercados comarcales, conformando así potentes depósitos que han interactuado decisivamente en el paisaje histórico.*

PALABRAS CLAVE: Celtibérico pleno, Ubierna, cenizal, castro, paleoambiente, Iberia.

ABSTRACT: *The ashpits form an integral part of the landscape of the main hillforts of the Second Iron Age on celtiberian and veton areas, although its rapid formation presents some shades in his assignment from the urban reorganization. The results obtained from the archaeological excavation of the site Saúco (Ubierna, Burgos) are presented here, and the correspondence of other similar deposits of*

hillforts of Monasterio de Rodilla and Los Ausines, all are occupying small mountains where it open natural roads. New archaeological proposals could link its genesis with the celebration of local markets, thus forming powerful deposits that have interacted decisively in the historic landscape.

KEYWORDS: Celtiberian, Ubierna, ashpit, hillforts, paleoenvironment, Iberia.

Las fosas-vertedero, que por estar rellenas de sedimentos cenicientos reciben comúnmente la denominación de “cenizales”, han sido documentadas desde hace décadas en yacimientos de la Segunda Edad del Hierro de la Meseta Norte. Consideradas características de la cuenca del Duero, en la actualidad se sabe que se extendieron también por el área vetona de la cuenca del Tajo (Chapa *et al.*, 2013: 161). Aparecen en número variable, normalmente orbitando alrededor de los centros urbanos castreños, y en el caso de Roa se reconocen hasta ocho contextos diferentes (Sacristán, 1986: 26, 151).

Sus características estratigráficas y formativas fueron definidas a partir de los ejemplos de Simancas (Wattenberg, 1978) y Castrojeriz (Abásolo *et al.*, 1983), e interpretados como potentes depósitos sedimentarios con desperdicios domésticos y constructivos que rellenan estructuras negativas de grandes dimensiones, presentando un proceso formativo rápido probablemente relacionado con una remodelación del lugar de hábitat con vistas a una reordenación urbanística, recibiendo por ello también el apelativo de “escombreras” (Sacristán *et al.*, 1995: 349-350). Otras interpretaciones más recientes apuntan a una relación con posibles actividades de mercado, lo que aparejaría la afluencia de personas, el aumento del consumo y la generación de un elevado número de vertidos que explicaría la abultada presencia de cerámica fragmentada y fauna (Álvarez, 2011: 169).

Bajo estas perspectivas se pone en valor la intervención realizada en un segmento significativo del cenizal asociado al poblamiento celtibérico de la vega del río Ubierna, en el yacimiento Saúco de esa localidad, cuyos registros de cultura material nos acercan a la realidad de esta población entre los siglos III y II a.C. y al paisaje arqueológico sobre el que han interactuado para cambiar decisivamente su fisonomía.

BREVE CONTEXTO ARQUEOLÓGICO DE UBIERNA

La Sierra de Ubierna representa la transición entre las unidades geomorfológicas del Páramo de Masa-La Lora y la amplia vega que se desarrolla hasta la capital burgalesa, quedando configurada la cabecera del río Ubierna a partir de un haz de pequeños tributarios que se abren paso en la cordada serrana mediante un sinuoso trazado marcado por escarpes calizos. Tal diversidad de hábitat ha permitido el asentamiento de grupos humanos desde el Paleolítico Medio, si bien será durante la Prehistoria Reciente cuando se intensifique la ocupación efectiva de este territorio por su carácter estratégico y la pluralidad de recursos.

La riqueza arqueológica de Ubierna y su entorno inmediato ha centrado la atención desde antiguo de muchos investigadores, por lo que su realidad es suficientemente conocida a partir de noticias históricas (Hergueta, 1937), cartas arqueológicas (Abásolo y Ruiz, 1975; Campillo y Ramírez, 1985-1986) e inventarios diversos (Campillo y Ramírez, 1983; Edelweiss, 2011), que ponen de relieve la práctica continuidad de poblamiento desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro, tanto en cavidades y abrigos como al aire libre; igualmente, sus manifestaciones funerarias son diversas y aparecen en contextos como cuevas sepulcrales y monumentos megalíticos. Con todo ello, las intervenciones arqueológicas en yacimientos de este amplio lapso cultural son escasas y se limitan a prospecciones superficiales, siendo significativa la excavación realizada en el yacimiento Santillán, situado en la margen derecha del río, junto al caserío, donde se ha identificado un hábitat Calcolítico en la apertura del cañón hacia la vega (Cronos, 2014).

Por su representación espacial cabría significar la cultura Cogotas I, auténtico germen del poblamiento protohistórico de Ubierna, con asentamientos tanto en altura como en fondo de valle, que en los inicios del primer milenio BC formalizan el paso al Hierro I, como así pone de relieve la intervención en el yacimiento La Vega de San Martín de Ubierna (Ruiz, Castillo y Rodríguez, 2001).

Será la Edad del Hierro la etapa cultural que polarice el grueso de investigaciones arqueológicas del contexto que gira en torno a La Polera (Abásolo *et al.*, 2008), castro turmogo colgado sobre un espigón de páramo defendido por cantiles y lienzos de muralla allí donde

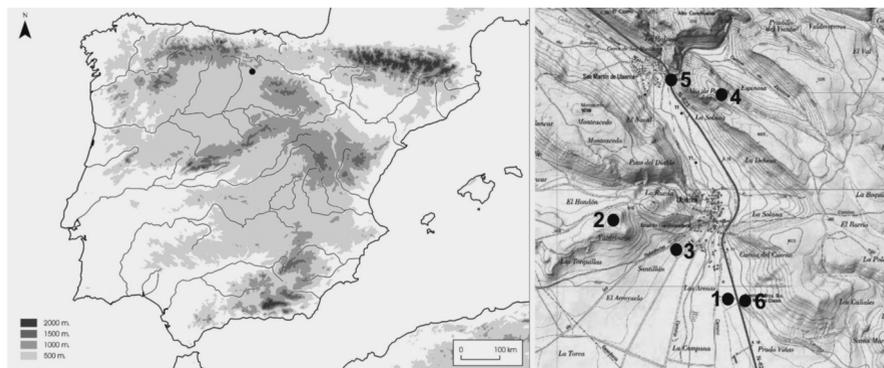


Figura 1. Localización sobre MTN25 de algunos yacimientos de Ubierna citados en el texto: 1-Saúco, 2-El Cueto, 3-Santillán, 4-La Polera, 5-La Vega, 6-Montes Claros

no existen defensas naturales. Su cronología en las postrimerías del Primer Hierro y en la etapa Celtibérica Plena es incuestionable, también en relación a la necrópolis tumular que se localiza al este del emplazamiento, fechada a partir de su excavación en los siglos V-IV a.C. (Ruiz, 2001). El conjunto de hallazgos es ingente, entre los que destaca una estela decorada relacionada espacial y cronoculturalmente con este ambiente (Abásolo y Ruiz, 1979), además de cenizales y pequeñas estaciones satélite (Campillo y Ramírez, 1985-86).

Sin embargo, al igual que concurre en otros grandes centros protohistóricos, el interés del contexto arqueológico de Ubierna no estriba únicamente en el enclave de La Polera, ya que se acompaña con un nutrido grupo de emplazamientos que permiten dibujar una estratigrafía horizontal en la ocupación de este corredor durante el último milenio BC, con carácter previo y durante su romanización efectiva (Fig. 1). De esta forma, en el entorno de la ermita de Santa M^a de los Montes Claros se extiende un amplio espacio con vestigios celtibéricos que se vienen explicando bien como núcleo dependiente de La Polera o bien como un nuevo establecimiento tras el abandono de aquel, al final del periodo celtibérico pleno. Por su cronología podría estar relacionado con el yacimiento El Cueto, situado en la cima de una plataforma emplazada en la margen contraria del río Ubierna y cuya fundación parece remontarse al siglo I a.C., sin defensas destacables pero con estructuras interiores con continuidad en época romana; no muy alejado del éste se conoce una segunda necrópolis tumular (Sacristán, 2007: 74-75). Otros materiales celtibéricos

se vienen identificando en los enclaves romanos que jalonan profusamente la vega del río Ubierna en ambas márgenes, como Santillán y Saúco, este último objeto del presente trabajo.

EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO SAÚCO

La existencia de restos en el entorno de la ermita de Montes Claros se recoge ampliamente en la historiografía bajo distintos nombres (La Fragua, Barrio, La Campana, Montes Claros, etc.) y en alusión a varios momentos culturales, principalmente celtibéricos, romanos y medievales según los materiales que se rastrean en superficie. Se trata de una amplia y compleja estación arqueológica organizada en distintos sectores que se sitúan entre el pie de monte y la margen izquierda del río, espacio en ladera tendida seccionada por la carretera N-623 con abanalamientos sucesivos (Fig. 2)

En la periferia de la ermita se presupone la situación del poblado a partir de la existencia de materiales celtibéricos pertenecientes tanto al periodo clásico como tardío, siendo apreciables cenizales junto al



Figura 2. Vista del yacimiento Saúco en el ámbito de la intervención.
En primer plano, los cenizales individualizados por la vía romana fosilizada; al fondo, ermita de Montes Claros.

camino de Carresoto que permite el acceso desde el río, entre los que también se advierten materiales romanos, pudiendo destacar una gran concentración de restos constructivos que incluyen sillares y estucos pintados (Abásolo y Ruiz, 1979: 169; Campillo y Ramírez, 1985-86: 36); más recientemente ha sido publicada la aparición en esta zona de tambores de columna (Abásolo *et al.*, 2008: 310). Un segundo foco romano se aproxima al caserío del núcleo urbano de Ubierna, lugar donde también se rastrean tíbiamente producciones cerámicas visigodas. En todo el conjunto, la ocupación tardorromana es la mejor representada y la que proporciona unidad al yacimiento, configurando un *continuum* de materiales entre los principales focos.

Por otro lado, cabría significar la existencia de un camino fosilizado que desde Ubierna alcanza el santuario de Montes Claros, visible parcialmente a partir de técnicas de fotointerpretación y que algunos autores relacionan con una vía romana secundaria (Moreno, 1998).

A todos estos elementos habría que añadir la ocupación medieval circunscrita al entorno inmediato de la propia ermita, cuya necrópolis exterior arranca de etapas altomedievales y alcanzaría al menos hasta el siglo XIV (Lecanda, 1996). Posiblemente se trata de la iglesia parroquial del despoblado *Villa Obtumán* que G. Martínez Díez localiza cercano, citado en un documento de Cardeña del año 935 (Martínez, 1987: 53). En el sector más meridional del yacimiento se identifican distintos focos con materiales de cronología moderna, testimonio de la ocupación residual del despoblado que darían vigencia a casi dos milenios de ocupación efectiva de este enclave.

Aunque *grosso modo* esta sería la organización superficial del yacimiento, posiblemente exista una mayor complejidad estratigráfica considerando los resultados obtenidos en la intervención arqueológica efectuada en una parcela de cultivo situada a cien metros al oeste de la ermita de Montes Claros. La excavación arqueológica de una superficie de 800 m², mediante un área de 40x20 m, ha permitido documentar evidencias estratigráficas pertenecientes a dos de las ocupaciones que se rastrean en el yacimiento, además de un interesante fenómeno geológico intermedio que las ha condicionado decisivamente.

ESTRATIGRAFÍA DEL CENIZAL CELTIBÉRICO

A pesar de que la mancha cenicienta del yacimiento Saúco resulta notoriamente visible en superficie, fenómenos post-deposicionales han ocultado y modelado parte de este depósito arqueológico generado en época celtibérica plena, del que se han documentado con metodología arqueológica 92,08 m² correspondientes a su extremo noroccidental.

Descansa este depósito sobre un sustrato geológico de gravas correspondiente a la formación cuaternaria de la terraza del río Ubierna, soporte que mantiene un buzamiento natural este-oeste siguiendo la proyección de la ladera, pero también sur-norte, cuyos planos de coincidencia configuraban en origen una vaguada. En este sentido, cabe significar que, a nivel macroespacial, el lugar concreto del muestreo se sitúa en una antigua barranca o cono de deyección de los tantos que jalonan esta cara de la Sierra de Ubierna (IGTE, 1990), aunque hoy aparece perfectamente regularizada como consecuencia de su puesta en cultivo. El cenizal presenta el mismo buzamiento, adelgazando progresivamente en ambos planos de tal forma que la potencia original se estima en no más de 80 cm, parte de ellos laboreados.

La estratigrafía del depósito que hoy podemos considerar primario es sencilla (Fig. 3.1), y se organiza en tres estratos de cenizas secas, de carácter horizontal, cuyas diferencias son sutiles, principalmente a partir de la caracterización de las inclusiones pétreas y de la posición/abundancia del material arqueológico atrapado en su interior. Estas diferencias parecen estar más relacionadas con procesos de decantación sedimentaria que con auténticos eventos de acción antrópica. Dentro de la secuencia documentada apenas se aprecian microniveles o bolsadas sedimentarias intermedias que rompan su continuidad, probablemente por tener una génesis formativa rápida y sin apenas hiatos, hecho al que habría de unir acciones sincrónicas tanto de origen antrópico –pisoteo– como natural –erosión hídrica–, que ha homogenizado las superficies y composición finales.

Entre el sustrato geológico y el primer depósito existe un paleosuelo relacionado con una pequeña película sedimentaria de origen natural, representativa de la primera superficie de frecuentación del lugar iniciada en época celtibérica, la cual fue transformada por la adición de vertidos y las referidas acciones. En este caso, presenta

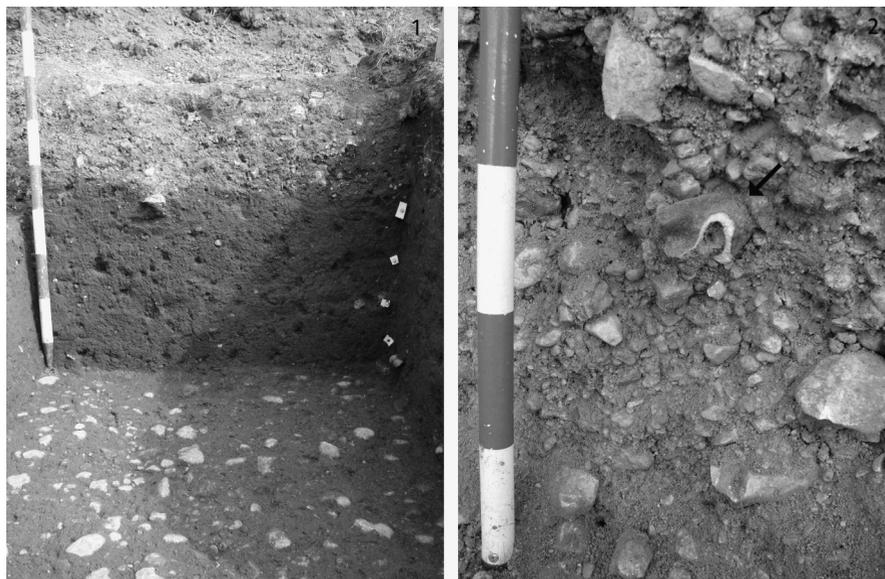


Figura 3. Corte estratigráfico del cenizal (izq.) y aspecto del depósito coluvial con materiales atrapados en su interior (drcha.)

un componente geológico mayor y el material adherido a la propia superficie del nivel geológico es, en términos generales, más fragmentario que en las unidades superiores. Aunque este paleosuelo se proyecta ligeramente fuera del límite del cenizal, pronto aparece truncado como consecuencia de un fenómeno geológico de erosión-sedimentación que ha desdibujado el depósito arqueológico primitivo, propiciando el relleno de la vaguada situada al norte con un potente paquete de coluvial de gravas calizas masivas. En tan solo 20 metros de distancia se produce una diferencia de cota de -155 cm entre el nivel geológico de la base del cenizal y el fondo de la barranca, lugar este último donde se conservaba un retazo del cenizal primario que, rellenando una cavidad, quedó ajeno a las injerencias de los fenómenos naturales.

Esta unidad nos advierte, por tanto, de dos cuestiones de gran interés: la intencionalidad de rellenar una depresión natural por las gentes de la Edad del Hierro; y el extraordinario fenómeno postdeposicional de naturaleza geológica que ha modificado tan sustancialmente el perfil original de este depósito, generando un potente estrato coluvial con mezcolanza de sedimentos y algunos materiales desplazados (Fig. 3.2 y Fig. 9).



Figura 4. Estructura romana del yacimiento Saúco asociada a una construcción agropecuaria auxiliar, edificada sobre el nivel de coluvial (primer plano) y el cenizal celtibérico (al fondo).

Sobre el cenizal primario y este depósito geológico se documentó la planta de una construcción romana edificada en el último tercio del siglo I d.C. (Fig. 4), momento que supone el *terminus ante quem* de este evento, iniciado no antes del siglo III a.C. según informa la cronología del material arqueológico contenido en el cenizal primario.

ANÁLISIS DEL MATERIAL CERÁMICO

La cerámica celtibérica recuperada presenta unas características tecnológicas, formales y decorativas propia de las producciones de la plena época celtibérica o celtiberismo clásico, situado entre 300/200?-70/50 a.C. y definido hace unas décadas por J.D. Sacristán para el valle medio del Duero a partir de excavaciones realizadas en Roa (Sacristán, 1986), siguiendo vigente en la actualidad (Sacristán, 2007: 41).

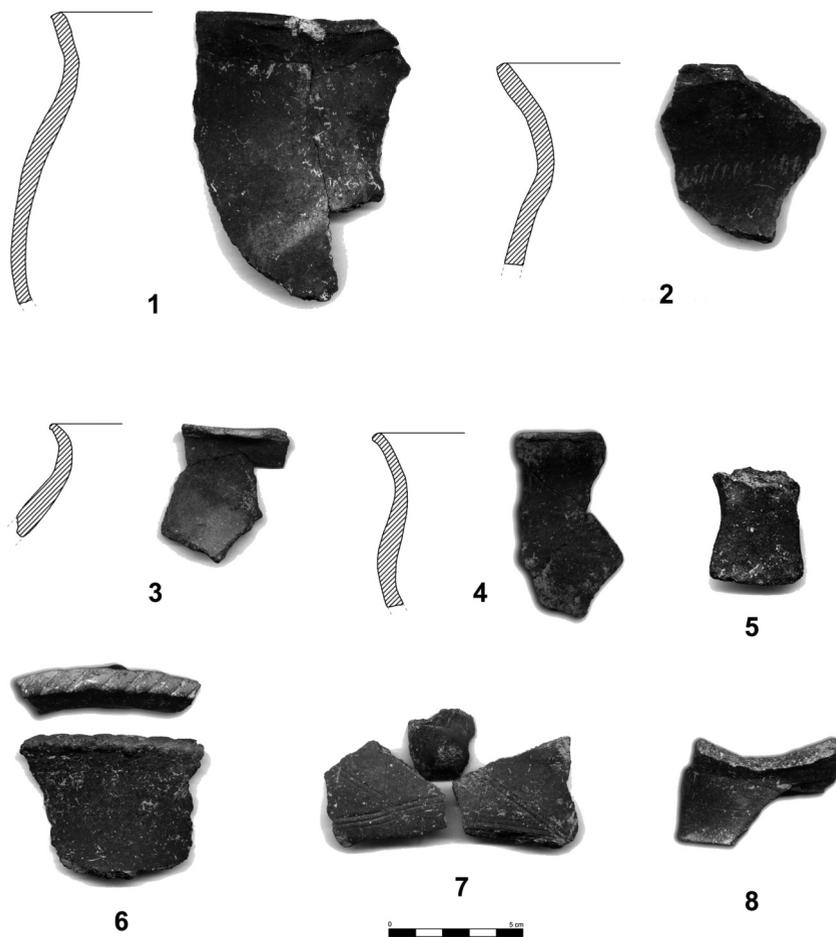


Figura 5. Cerámica a mano celtibérica plena del yacimiento Saúco

Con carácter general puede ser clasificado en dos producciones básicas en función a su factura: cerámica a mano (Fig. 5) y a torno (Fig. 6). Aunque los fragmentos de la primera son numerosos, la cerámica a torno representa casi el 72% de la colección. Analizado por Unidades Estratigráficas, este porcentaje no es muy diferente, observándose una presencia ligeramente superior de cerámica a mano en las unidades superiores con respecto a las basales, aunque cuando se toma como base de muestreo el peso en gramos de los fragmentos esta situación se invierte levemente (Tabla I).

Tabla I: Frecuencia de cerámica a mano y a torno del cenizal por UE

UE	CERÁMICA A MANO				CERÁMICA A TORNO			
	Fragmentos		Peso		Fragmentos		Peso	
	nº	%UE	g	%	Frag.	%UE	Peso	%
Cenizal sup.	48	32%	359	18%	100	68%	1.617	82%
Cenizal med.	79	32%	642	20%	166	68%	2.538	80%
Cenizal inf.	96	28%	918	20%	244	72%	3.773	80%
Paleosuelo	88	26%	965	24%	250	74%	3.042	76%
Total ...	311	29%	2.884	21%	760	71%	10.970	79%

1. Cerámica celtibérica a mano

Por lo general en época celtibérica plena la cerámica a mano no es muy abundante, ya que la producción a torno originó su desplazamiento, relegándola a recipientes destinados a usos específicos (Sacristán, 1986: 195); sin embargo, en el cenizal de Saúco tiene una representación importante, lo que podría denotar antigüedad dentro del marco cronológico propuesto.

Desde el punto de vista técnico, se encuentra realizada en pastas poco decantadas con presencia de abundantes desgrasantes cuarcíticos de calibres medios/finos y micáceos finos; en algunas piezas la mica es abundante y aparece en granulometrías más groseras. Puntualmente se observa la presencia de caliza, por lo general en forma de caliches, que igualmente pueden ser de naturaleza cuarcítica. Las paredes presentan un grosor medio de entre 3 y 5 mm y los recipientes han sido cocidos casi exclusivamente en atmósferas reductoras, existiendo un pequeño número de piezas con cocciones mixtas que proporcionan a las superficies tonos anaranjados. Si exceptuamos este pequeño grupo, la coloración de los recipientes es mayoritariamente de tonalidad negra homogénea y grisácea en menor proporción. Aunque la mayoría no han recibido tratamiento superficial alguno (46%), son frecuentes los alisados (33%) y los bruñidos/espátulados (24%) de calidad variable.

Desde el punto de vista formal, se tratan de manera mayoritaria de recipientes de cuerpo globular de perfil sinuoso cerrado, con cuello marcado aunque de desarrollo corto. Algunos pequeños frag-

mentos de borde parecen estar asociados a perfiles simples abiertos tipo cuenco, aunque también podrían pertenecer a fragmentos de pies anulares. Los bordes son vueltos, con labios de sección redondeada o rectangular, y más rara vez afinada o triangular.

Los fondos predominantes son planos, de arista bien definida y en ocasiones resaltada. También es relevante, aunque minoritaria, la presencia de fondos anulares (Fig. 5.8), así como la recuperación de una pata de vaso trípode (Fig. 5.5). Esta última es una forma típicamente celtibérica y con amplia distribución en la cuenca del Duero, aunque su origen habría que buscarlo en momentos anteriores, en concreto en ambientes de influjo hallstático de la Meseta, como una forma evolucionada de los cuencos de perfil troncocónico (Barrio, 1988: 251).

En Saúco, el repertorio decorativo es escaso y muy sencillo. Predomina la decoración impresa mediante instrumento a base de la seriación de segmentos sobre el labio, más raros son los puntos y las digitaciones. En una pieza, los segmentos en el labio aparecen acompañados por otros localizados en el cuello y realizados mediante incisión (Fig. 5.2). También están presentes los típicos mamelones y la decoración incisa a peine sobre el hombro. Dentro del conjunto existe un recipiente con mayor complejidad decorativa, del que sólo se conservan fragmentos de la panza y en el que se combinan las técnicas impresas, incisas y aplicadas (Fig. 5.7); presenta un esquema decorativo a base de triángulos incisos a peine y un mamelón aplicado, decorado alrededor con líneas trazadas a peine impreso.

La decoración a peine adquiere su mayor representación en la cuenca del Duero, concentrándose de manera especial en las provincias de Soria, Valladolid, Ávila y zona oriental de Salamanca. Se trata de la ornamentación que caracteriza el horizonte Cogotas II, sin origen en la Iª Edad del Hierro. A comienzos de la IIª Edad del Hierro se dispersa convirtiéndose en uno de los rasgos característicos del mundo celtibérico, asociado a broches de cinturón de tipo céltico o ibérico, o a los elementos aportados por la cultura Miraveche-Monte Bernorio. Todos estos elementos conforman un horizonte cultural que surge a comienzos del siglo IV a.C. (García-Soto y de La-Rosa, 1990: 305-311). Por otro lado, la pervivencia de estos modelos decorativos va a ser considerable, ya que coexistirán durante largo tiempo con las producciones a torno.

2. Cerámica celtibérica a torno

Como cabe suponer, el conjunto cerámico celtibérico está integrado mayoritariamente por producciones realizadas a torno, casi el 72% de los fragmentos, siendo muy homogéneo desde el punto de vista técnico, formal y decorativo.

Se tratan de recipientes de alta calidad técnica realizados en tornos eficientes a partir de arcillas muy decantadas, siendo únicamente perceptibles escasos carbonatos y micas de calibre muy finos. Las cocciones son de calidad y predominantemente realizadas en atmósfera oxidante. El acabado superficial es muy depurado, aunque algunas piezas presentan un alisado extra que proporciona superficies brillantes o engobes ligeros de colores no muy diferentes a los de las pastas. La tonalidad oscila entre los tonos marrones medios y claros, los más numerosos, y los anaranjados más o menos intensos. En los primeros quedaría encuadrado el ya clásico “color nuez”, término acuñado por F. Wattenberg (1978), característico de las producciones de la etapa celtibérica plena. Por otro lado, han sido identificadas algunas piezas con pastas de tendencia hojaldrada que podrían responder a una mayor antigüedad dentro del marco cronológico propuesto (Sacristán, 1986: 126, 161).

Desde el punto de vista formal predominan los vasos de borde vuelto y labio engrosado en forma de “palo de golf”, exclusivo de la época plena o clásica, ya que está ausente en los conjuntos tardíos; y los vasos con uñada y perfil en “cabeza de pato” o “de cisne”, que también aparece en época tardía pero circunstancialmente y con características bien diferenciables (*Ibidem*: 162 y ss). Por lo general, el ala del borde está bastante desarrollada, acorde a los perfiles tipo “cabeza de cisne”. Dentro de este último grupo son numerosos los recipientes que cuentan con un cuello corto pero bien definido. Los fondos de estos recipientes son rehundidos, mayoritariamente con pie ligeramente diferenciado mediante una inflexión.

También han sido recuperados dos bordes pertenecientes a una variante descrita por J.D. Sacristán (*Ibidem*: 164, Figura 11.11) a partir del subtipo establecido por F. Burillo en el ámbito de los ríos Huerva y Jiloca medio, denominado “de perfil triangular” o “borde cefálico de perfil triangular”. Se tratan de bordes menos vueltos y con la uñada menos marcada, en los que la pared se cierra inicialmen-

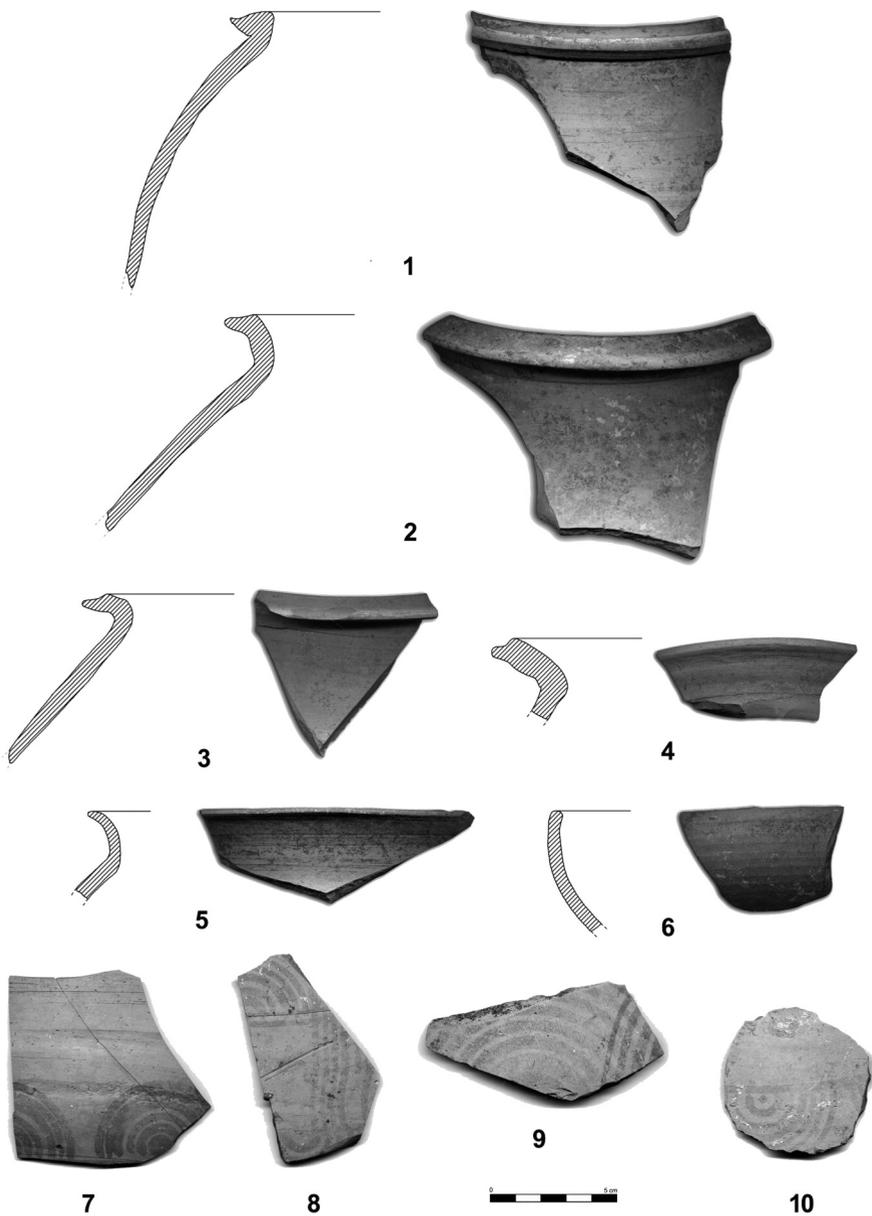


Figura 6. Cerámica a torno celtibérica plena del yacimiento Saúco

te formando un pequeño cuello. Son muy poco frecuentes en la cuenca media del Duero, aunque tienen precedentes en el mundo ibérico desde Languedoc, pasando por Cataluña, Valle del Ebro y Levante, hasta Andalucía oriental, con fechas desde el siglo VI a.C. pero sobre todo centradas en el siglo IV a.C. En este sentido, J.D. Sacristán considera la presencia de esta variante un posible indicador de antigüedad dentro de los conjuntos celtibéricos, y posible guía para detectar el inicio de la celtiberización (*Ibidem*: 127 y 168).

En la estratigrafía del cenizal también están representadas las copas, un recipiente característico del periodo clásico. Se documentan ejemplares de perfil simple, borde de tendencia reentrante y labio redondeado; y más escasamente perfiles en “S” con borde exvasado. Así mismo existen varios fragmentos de pies cónicos huecos, pero no ha sido identificado ningún fuste. Más minoritarios son los cuencos o boles, de perfil simple abierto y labio redondeado. Por último, cabe mencionar un pequeño borde que podría pertenecer a un perfil simple abierto de labio engrosado tipo mortero.

En la colección, el número de fragmentos decorados es muy bajo: 19 con decoración pictórica y 17 con decoración torneada, lo que representa el 4,5% de la totalidad del conjunto. La decoración pintada se limita básicamente a semicírculos concéntricos colgados de líneas rectas, que es el motivo más característico de la etapa clásica y que, aunque no desapareció, en la etapa tardía se hizo sumamente raro (*Ibidem*: 186). Existe un ejemplo de círculos concéntricos secan-



Figura 7. Otros materiales arqueológicos del yacimiento Saúco

tes (Fig. 6.9) y otro de dos frisos de semicírculos separados por líneas horizontales (Fig. 6.8). Fuera de esto, únicamente cabe mencionar un galbo con dos líneas horizontales de las que parten trazos verticales. La decoración torneada está conformada por las clásicas molduras o baquetones y, en menor medida, por acanaladuras.

Por último, es preciso hacer mención especial a un fragmento perteneciente a un recipiente de carena baja y abombada recuperado en la superficie de frecuentación romana (Fig. 7.3). Se trata de un fragmento de cuenco o bol que por sus características formales y decorativas es adscribible al periodo celtibérico tardío, y dentro de este al estilo cluniense. Presenta paredes delgadas, la característica coloración blanquecina y un friso pintado de líneas transversales de color achocolatado.

3. Cronología del conjunto

A partir de la excavación arqueológica se ha recuperado un conjunto cerámico suficiente que permite su datación segura en la etapa celtibérica plena, siendo el ciclo formativo del vertedero muy rápido en el tiempo dada la homogeneidad formal y estilística de los materiales de las unidades inferiores respecto a las superiores, y en especial respecto al material recuperado sobre el paleosuelo, que corresponde a la primera ocupación antrópica del lugar.

Cronológicamente, la etapa celtibérica plena quedaría encuadrada entre el siglo III y la primera mitad del siglo I a.C. (Sacristán, 2007: 41), siendo las producciones cerámicas muy estandarizadas y estancas en todo este lapso. Sin embargo, algunos elementos recuperados durante la excavación arqueológica, como una variante de bordes menos vueltos y con la uñada menos marcada denominados de “perfil triangular” o “borde cefálico de perfil triangular”; la relativa abundancia de cerámica a mano que alcanza valores entre el 26% y 32% en toda la secuencia documentada; o la presencia de fragmentos torneados de tendencia hojaldrada, permiten sospechar que esta parte del yacimiento podría mantener su génesis en los primeros momentos formativos de este periodo, más próxima al primer rango temporal que al último, esto es, probablemente en el siglo III a.C. y cercana a ese difuso momento que se ha denominado “celtiberización”.

ANÁLISIS DE LOS RESTOS ÓSEOS FAUNÍSTICOS

El grupo faunístico es el conjunto mejor representado tras la cerámica, ascendiendo el número de restos (NR) a 778. El 9,38% procede de la unidad superior, el 24,42% de la unidad intermedia, el 25,45% de la unidad basal, el 39,59% del paleosuelo y el 1,16% de superficie. La elevada fragmentación ha impedido la atribución de gran parte de los mismos (70,08%), de los cuales el 58,16% pertenece a mamíferos de porte medio/grande y el 11,92% a mamíferos de porte pequeño/medio. El resto de la colección ha sido atribuida a diferentes especies domésticas y salvajes, con la siguiente representación en base al peso y número de restos:

Grupo/taxón	NR	%	Peso (g)	%
Bovino (<i>Bos taurus</i>)	100	42,19	4.612	75,33
Ovicaprino (<i>Ovis aries/Capra hircus</i>)	43	18,14	436	7,12
Equino (<i>Equus caballus/Equus asinus</i>)	5	2,11	341	5,57
Suido (<i>Sus scrofa ssp.</i>)	21	8,86	171	2,79
Cérvido (<i>Cervus elaphus/Cervus capreolus</i>)	65	27,43	460	7,51
Cánido (<i>Canis lupus familiaris</i>)	3	1,27	102	1,67
Total	237	100	6.122	100

En primer lugar, cabe significar la gran representación de restos pertenecientes a extremidades y a algunas regiones de la cabeza, como mandíbulas, siendo más discretas o escasamente representadas regiones corporales como la zona vertebral y torácica. En cuanto al aprovechamiento se revela intensivo, como por ejemplo para la obtención de tuétanos en el caso de huesos largos.

El análisis de los restos pone de manifiesto una economía fundamentalmente ganadera donde el bovino es porcentualmente mayoritario (42,19%). Si comparamos los porcentajes obtenidos en Saúco con el estudio comparativo realizado por C. Liesau (2005) a partir de los datos aportados por distintos yacimientos celtibéricos peninsulares, se pueden hacer algunas interesantes valoraciones. En el referido estudio, entre las especies domésticas el vacuno aparece como el mayor proveedor cárnico cuando se tiene en cuenta la tanatoma, aunque cuando se cuantifica el número de restos existe un cierto

equilibrio entre la triada vacuno–ovicáprido–suido. Sin embargo, se aprecia una clara diferencia entre el Castro de Ubierna –La Polera– (Castaños, 1986) y el resto de yacimientos analizados, ya que en el cercano yacimiento el ganado vacuno adquiere un valor muy superior al del resto de animales domésticos, a la par que se observa el predominio de animales adultos. Esta misma circunstancia sucede en Saúco, donde la comparación porcentual de ambos yacimientos arroja igualmente unos datos muy similares en el resto de especies domésticas (Fig. 8).

En Saúco la presencia de ovicaprino también es relevante (25%), aunque cuando se valora el aporte cárnico pierde peso específico (7,8%). En la Cuenca del Ebro ha sido posible constatar la relación de la cría de estos animales con la menor calidad de los pastos; posiblemente en Saúco y el Castro de Ubierna su bajo porcentaje se deba a todo lo contrario. En estrecha relación con el pastoreo, así como a su uso como animal de compañía, cabría relacionar la discreta presencia de perro.

Mucho más abundantes son los suidos (12,2%), aunque es difícil determinar qué porcentaje procede de la cría de cerdo doméstico, práctica habitual en el periodo celtibérico, o al taxón silvestre; con respecto al cómputo cárnico, el porcentaje del 3,1% se encuentra dentro de la media de los yacimientos estudiados por C. Lieseau (3–11%). Por su parte, y como es habitual, los equinos también están representados, aunque en porcentajes minoritarios (2,9%).

Frente al destacado componente doméstico de la fauna registrada, cabe mencionar el menor peso específico de la cinegética, siempre asociada a cérvidos (*Cervus elaphus/Cervus capreolus*), aunque se reitera la observación realizada anteriormente para los suidos. Su abundante presencia parece indicar la caza de estos animales era práctica habitual; sin embargo, buena parte de los restos son de astas, por lo que podría estar relacionada con su recogida tras el desmogue y no tanto con la actividad cinegética orientada al aprovechamiento dietético. En este sentido, cabe significar el escaso número de otras porciones corporales así como la presencia de una aguja (Fig. 7.1) y un mango (Fig. 7.2) realizados sobre cuerna de ciervo, y la base o roseta de otra con la luchadera seccionada mediante un tajo cuya procedencia del desmogue es muy probable.

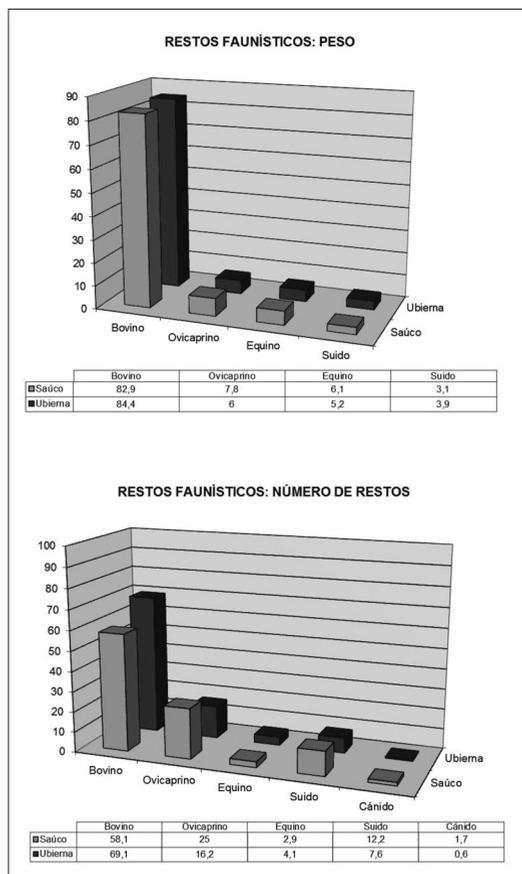


Figura 8. Análisis de los restos óseos faunísticos del cenizal de Saúco y el castro de La Polera, según el peso (sup.) y el número de restos (inf).

A la vista de este análisis, se aprecia que no existe una diferencia sustancial entre las cabañas ganaderas y los modelos de explotación celtibéricos en Saúco y los constatados en una fase inmediatamente anterior en La Polera, cuestión que sí parece tener un contraste en varios yacimientos analizados de forma sistemática en la Cuenca Media del Duero, donde se produce una dominancia genérica del ovicaprino frente al vacuno en el Hierro I, la cual se polariza en la transición con el Hierro II. Durante la etapa celtibérica, el ganado vacuno constituye el elemento dominante frente a ovicaprinos, bien por su mayor movilidad –trashumancia– o bien por un cambio de

uso de la cabaña –productos secundarios– (Morales y Liesau, 1995: 505-506). En este caso, el porcino también aparece infrarrepresentado, al igual que el caballo y los taxones silvestres.

OTROS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Junto con la colección cerámica descrita han sido documentados otros materiales arqueológicos afines en el yacimiento pero con una representación muy minoritaria, destacando por su número el conjunto de fichas de cerámicas realizadas a partir del recorte de fragmentos de vasos. Lo integra un ejemplar a mano y seis a torno, de entre 25 y 100 mm de diámetro, una de ellas con decoración pintada de semicírculos concéntricos (Fig. 6.10). También se recuperó una canica cerámica.

Por su parte, la industria lítica y los restos metálicos son testimoniales en el depósito arqueológico, en el primer caso por el desuso generalizado que se constata durante el Hierro II; y en el segundo, relegado a pequeños fragmentos informes de hierro, dado su alto valor y la posibilidad que ofrece su reutilización.

En toda el área intervenida no se han documentado materiales constructivos tales como mampuestos, adobe, etc.

INTERPRETACIÓN DEL DEPÓSITO ARQUEOLÓGICO

Las escombreras o cenizales celtibéricos constituyen elementos prácticamente insolubles de los propios asentamientos castreños de la cuenca del Duero, produciendo acumulaciones extraordinarias de cenizas y materiales domésticos de desecho cuya génesis formativa está muy pautada –rápida, homogénea y estratificada–, aun cuando alcanzan varios metros de potencia, en los que se incorporan incluso niveles de sellado intermedios, quizás con fines higiénicos (Sacristán, 2011: 198). La correlación que se ha realizado entre reformas urbanas acontecidas en grandes *oppida* y la formación de vertederos con cierto contenido de materiales constructivos, ha supuesto una inteligente interpretación para algunos casos como Simancas, Castrojeriz o Roa, máxime si tenemos en cuenta el carácter intrusi-

vo de materiales del Primer Hierro procedentes de las viejas estructuras eliminadas (Wattenberg, 1978: 21-27; Abásolo *et al.*, 1983: 292; Sacristán, 1986: 149-151). Sin embargo, aunque Saúco comparte a grandes rasgos estas características, la superficie intervenida es suficientemente amplia como para descartar la presencia de elementos constructivos relacionados con una reforma urbanística del asentamiento que se presupone inmediato, en el entorno de Montes Claros, cuya génesis difícilmente podría ser anterior a los materiales del siglo III a.C. que de forma tan homogénea se documentan en este ambiente. En este sentido, y a diferencia de aquellos yacimientos, no se rastrean intrusiones de materiales más antiguos y los más modernos –tardoceltibéricos y romano altoimperiales– concurren de forma organizada desde el punto de vista estratigráfico (Fig. 7.3-7.4).

Más recientemente, la identificación de cenizales en territorio vetón de las provincias de Toledo y Cáceres está corroborando estas interpretaciones, como en el caso del yacimiento Cerro de la Mesa en la toledana localidad de Alcolea de Tajo (Chapa *et al.*, 2013: 161), si bien otros depósitos se interpretan en relación a posibles actividades de mercado, como en el caso del abulense depósito de Las Cogotas (Álvarez Sanchís, 2011: 169), donde el ingente volumen de residuos domésticos –básicamente cerámica fragmentada y fauna con signos de consumo– sería el resultado de la actividad de un elevado tráfico de personas.

Además de la ausencia de materiales constructivos, en Saúco se observa una diferencia sustancial relacionada con la ausencia de una fosa construida al efecto, y por lo tanto planificada como ocurre en Castrojeriz o Alcolea del Tajo, cuestión suplida con la intención de colmar una depresión natural de los terrenos asociada a una de las tantas barrancas que se prodigan en este flanco de la Sierra de Ubierna. Una acción similar se ha documentado en el entorno del castro autrigón *Tritium Autrignonum* (Monasterio de Rodilla, Burgos), donde bajo un nivel romano se documentó un potente cenizal de hasta 144 cm de potencia, organizado en diez estratos, con una génesis formativa entre el siglo II y la primera mitad del I a.C. (Cronos, 2005). Invisible en superficie, este depósito se gestó con la probable finalidad de colmar un área lagunar que aún se conserva en la toponimia, a escasamente 300 metros al sur del poblado, y sobre la que se edificó posteriormente un viario romano.

Por su parte, en el también burgalés castro de El Castillejo de Los Ausines, localizado en un territorio aún difuso dentro de la organización de los *populi* prerromanos –quizás pelendón (Sacristán, 2007: 43)–, recientes prospecciones han permitido situar un extenso cenizal de época celtibérica plena en la otra margen del río Los Ausines (Cronos, 2012). Enfrentado a la parte más inaccesible del castro por sus defensas naturales y junto al angosto corredor del valle, representan circunstancias que podrían plantear la cuestión de si el depósito arqueológico se gestó allí, *in situ*, o no, teniendo en cuenta la dificultad añadida de salvar un curso fluvial.

En Saúco concurren un conjunto de particularidades que permiten escrutar nuevas posibilidades de interpretación sobre la génesis de sus cenizales, aunque en esencia no se separen de las pautas del resto de yacimientos que han sido objeto de investigaciones en la cuenca del Duero. Su localización topográfica en una zona suave, en la vía de comunicación natural que se abre en la vega del río Ubierna tras el desfiladero y que cristaliza posteriormente como posible vía romana; la falta de planificación en la apertura de una fosa junto con la ausencia de materiales constructivos; la elevada densidad de elementos domésticos junto con otros tradicionalmente asociados al juego (fichas, canicas) o actividades artesanales (astas, enmangues), así como la relativa lejanía que media respecto del castro de La Poleira, son cuestiones que nos acercan a una interpretación más próxima con un área de mercado o de reunión colectiva que con una escombrera urbana o simple vertedero diacrónico. Esta cuestión se comprobará, sin duda, mediante intervenciones futuras relacionadas con la verificación del hábitat que se presupone en esta zona baja de la sierra, con resultado negativo hasta la fecha en la única excavación llevada a cabo en el solar de la ermita de Montes Claros (Lecanda, 1996).

Lo que resulta incuestionable, a la luz de estratigrafías y materiales arqueológicos, es que la mayor expresión de este fenómeno se produce en la época celtibérica plena, en coincidencia con otros eventos que explosionaron sincrónicamente y de forma arrolladora como la rápida introducción del torno de alfarero y la estandarización de las producciones cerámicas, no relegadas a grandes centros de producción como se venía postulando, sino de carácter más local (Sacristán, 2011: 202). Todas estas cuestiones, y la compleja organización social de los pueblos prerromanos, abren aún más a la posibilidad de interpretar algunos cenizales como el resultado de la celebración de

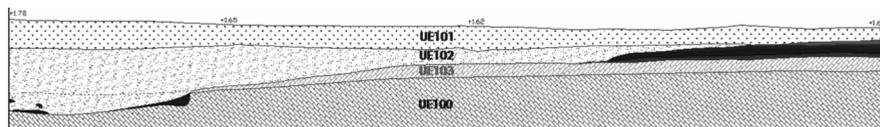


Figura 9. Sección acumulativa del área intervenida, con representación del cenizal celtibérico en color sólido y el resto de estratos de naturaleza geológica. UE102 corresponde al coluvial (Ref: 20m)

grandes mercados o centros de reunión comarcales que, en el ejemplo de los tres ámbitos comentados para el territorio burgalés, pertenecen a tres *populi* diferentes inscritos en pequeñas sierras abiertas a vías de comunicación y no distantes entre sí más de 20 km, muy al hilo de la estructura territorial del momento. Esta cuestión quizás debiera ser puesta en valor considerando la opinión de F. Wattenberg sobre los lazos de dominio de la Meseta Norte apoyándose en comunicaciones y mercados (Wattenberg, 1960: 162), que muy posiblemente podrían explicar la rápida y arrolladora difusión de la celtiberización como expresión cultural en estas tierras.

ARQUEOLOGÍA DE LOS PAISAJES HISTÓRICOS: EL PARTICULAR CASO DE UBIERNA

Una de las cuestiones que aportan interés a la intervención realizada en el yacimiento Saúco es la forma en la que estos grupos humanos interactuaban con el medio ambiente, generando potentes estratigrafías que cambiaron su fisonomía; pero al mismo tiempo, también resulta muy singular la manera a partir de la cual determinados fenómenos naturales pueden enmascarar o desdibujar los asentamientos arqueológicos dentro de los denominados “fenómenos post-deposicionales”.

En este sentido, este sector de la cabecera alta del río Ubierna responde a un paisaje en constante evolución como así se ha podido constatar en varias intervenciones llevadas a cabo en yacimientos prehistóricos e históricos del ambiente de vega de ambas márgenes, de tal forma que el rosario de noticias que se han obtenido a partir de prospecciones superficiales puede verse así multiplicado, acentuando la intensidad en la ocupación humana que se aludía al comienzo.

De acuerdo a las estratigrafías obtenidas en Saúco, entre los siglos III a.C. y I d.C. aconteció un evento geológico suficientemente importante como para generar desplazamientos de potentes paquetes de coluvial arrancados del macizo serrano y depositarlos sobre la terraza fluvial, desfigurando, como se ha visto, parte del cenizal celtibérico y homogenizando el hasta entonces sinuoso pie de sierra. Esta misma circunstancia se ha observado en el yacimiento Santillán, localizado en la margen contraria del río Ubierna, en la zona de contacto de la vega con el pie de monte de los cerros calizos que hacia el oeste dan continuidad a la paramera. En este caso, bajo los depósitos romanos del siglo II d.C. que marcan el límite norte de una extensa *villae* alto y bajoimperial, se documentó una ocupación calcolítica inédita hasta el momento, mediando entre ambas una interfaz de origen coluvial de hasta 45 cm de potencia, aquí con el añadido de alojar también niveles aluviales por su mayor proximidad al cauce del río.

Potentes niveles aluviales se han documentado en este mismo yacimiento aguas abajo, donde las estructuras romanas asociadas a la *villae* aparecen cubiertas por significativos niveles sedimentarios de limos oscuros, de hasta 83 cm de potencia, de tal forma que los depósitos arqueológicos resultan prácticamente invisibles en superficie, incluso tras la acción del laboreo agrícola (Cronos, 2008). Valga como ejemplo el reconocimiento de este yacimiento a partir de escasos materiales (Campillo y Ramírez, 1985-86: 42-43), sin que hasta fechas recientes se haya podido dimensionar de una forma más o menos precisa la entidad real de este enclave.

El evento natural identificado en Saúco se interpreta dentro de los cambios geomorfológicos que acontecerán en el periodo Subatlántico, consecuencia de la mejora de las condiciones climáticas hacia una mayor aridez frente al periodo de enfriamiento anterior. Tal y como han citado algunos autores para el NE peninsular (Gutiérrez y Peña, 1998), cabría relacionar este cambio con la variación en el régimen de las precipitaciones, caracterizado por el aumento de su intensidad más que por su volumen total, hecho que produjo desde aproximadamente entre 2500-1500 BP, y que en el Cantábrico se estima ligeramente más tarde, entre los siglos III y I a.C., progresando hasta el IV d.C (Torres, 2011: 31-32). Su consecuencia directa es el inicio de un proceso de erosión en las laderas y la acumulación sedimentaria en conos y fondos de valle, de gran alcance en

algunos casos, efectos potenciados por la desestabilización de las laderas tras la pérdida de la cubierta vegetal por la presión antrópica sobre el medio (Peña *et al.*, 2005).

Quizás estas circunstancias también hayan contribuido a la selección de un nuevo hábitat tardoceltibérico en el cerro de El Cueto, hacia el siglo I a.C., en un momento previo a la romanización efectiva del territorio cuando el poblamiento tiende, de forma generalizada, a asentarse en fondos de valle como se constata un siglo más tarde en el propio Saúco o en Santillán, situado en su pie de monte.

Son todas ellas cuestiones ambientales que sin duda tuvieron un gran impacto en los modelos socio-económicos de los poblados prerromanos. Y no hay ejemplo más evidente que la propia etimología medieval de Ubierna, que se viene relacionando con *ovis* –oveja–, contrastando con la realidad arqueológica de las gentes que habitaron este territorio un milenio antes.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASOLO, J.A. y RUIZ VELEZ, I. (1979): "El conjunto arqueológico de Ubierna. Contribución al estudio de la Edad de Hierro en la Meseta Norte", *BSAA* XL: 168-188.
- ABÁSULO, J. A., RUIZ, I. y PÉREZ, F. (1983): "Castrojeriz I: el vertedero de la Colegiata", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 17: 191-318.
- ABASOLO, J.A., RUIZ, I., CAMPILLO, J. y HERNÁNDO, H. (2008): "El castro de La Polera en Ubierna y los yacimientos arqueológicos del sur de Las Loras", *Boletín de la Institución Fernán González* 237: 293-333.
- ÁLVAREZ SANCHIS, J. R. (2011): "Ciudades vettonas". En ÁLVAREZ SANCHIS, J.; JIMENO MARTÍNEZ, A. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum 22 (2): 147-183.
- BARRIO MARTÍN, J. (1988): *La cerámica de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuellar (Segovia)*, Diputación Provincial de Segovia.
- CAMPILLO, J. y RAMÍREZ, M.M. (1983): "Nuevos yacimientos en cuevas en la zona de Ubierna (Burgos)", *Kobie* 13: 73-84
- (1985-86): "Carta arqueológica del término de Ubierna (Burgos)", *Kobie*, 15: 33-59.
- CASTAÑOS, P.M. (1989): "Estudio de los restos óseos del Castro de Ubierna (Burgos)", *Kobie* 18: 87-97

- CHAPA BRUNET, T. *et al.* (2013): “Una fosa-vertedero de época vetona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo), *Trabajos de Prehistoria* 70: 140-165.
- CRONOS SC (2005): *Excavación arqueológica en los yacimientos “Alto de Rodilla” y “Fuente Cantos” en T.M. de Monasterio de Rodilla y Santa Mª del Invierno (Burgos)*, Informe inédito.
- (2008): *Sondeos arqueológicos en el yacimiento “Santillán” de Ubierna, T.M. de Merindad de Río Ubierna (Burgos)*, Informe inédito.
- (2012): *Catálogo de bienes integrantes del Patrimonio Arqueológico de Los Ausines (Burgos)*, Informe inédito.
- (2014): *Sondeos arqueológicos en el yacimiento “Santillán” de Ubierna (C/Electra), T.M. de Merindad de Río Ubierna (Burgos)*, Informe inédito.
- EDELWEISS (2011): *Monografía del karst de Ubierna*, Cubía 14, Diputación de Burgos, Burgos.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. y LA-ROSA MUNICIO, R. (1990): “Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte”, *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre celtíberos*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 305-310.
- GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J.L. (1998): “Geomorphology and Late Holocene Climatic Change in Northeastern Spain”, *Geomorphology*, 23: 205-217.
- ITGE (1990): *Mapa Geológico de España 1:50.000. Hoja 200 “Burgos”*, Madrid.
- LECANDA, J.A. (1996): *Informe de la intervención arqueológica en la restauración de la ermita de Montes Claros, Ubierna (Burgos)*, Informe inédito.
- LIESAU, C. (2005): “Ganadería”, en JIMENO MARTÍNEZ, A. (Ed.), *Celtíberos: tras la estela de Numancia*, Diputación de Soria: 301-306.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1987): *Pueblos y alfores burgaleses de la repoblación*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-ORBECK, C. (1995): “Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el Valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad de Hierro” en DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; MORALES MUÑIZ, A. (eds.) (1995): *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla y León, Valladolid: 455-514
- MORENO GALLO, I. (1998): *Descripción de la Vía de Italia in Hispanias en la provincias de Burgos y Palencia*, Informe inédito.
- PEÑA MONNÉ, J.L., SANCHO MARCÉN, C., RUBIO FERNÁNDEZ, V. Y LONGARES ALADRÉN, L.A. (2005): “Aportaciones desde la geomor-

- fología y la geoarqueología al conocimiento de los paleoambientes holocenos semiáridos del NE de España”, *X Coloquio Ibérico de Geografía. Evora (Portugal) 22-25 septiembre*. Recurso electrónico.
- RUIZ VÉLEZ, I. (2001): El ritual funerario en las necrópolis burgalesas de la Edad del Hierro, Institución Fernán González, Burgos.
- RUIZ VÉLEZ, I.; CASTILLO IGLESIAS, B. y RODRÍGUEZ, A. (2001): “Yacimiento ‘La Vega’ (San Martín de Ubierna, Burgos): del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro”, *Boletín de la Institución Fernán González* 222: 23-52
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, UVA –Junta de Castilla y León. Valladolid.
- (2007): *La Edad de Hierro en la Provincia de Burgos*, Diputación Provincial de Burgos, Burgos.
- (2011): “El urbanismo vacceo”. En ÁLVAREZ SANCHIS, J.; JIMENO MARTÍNEZ, A. Y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, Complutum 22 (2): 185-222.
- SACRISTÁN, J. D.; SAN MIGUEL, L. C.; BARRIO, J.; CELIS, J., (1995): “El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”. En F. Burillo Mozota (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposium sobre los celtiberos*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 337-367.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F. (2011): *El Cantábrico en la Edad del Hierro*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- WATTENBERG, F. (1960): “Los problemas de la cultura celtibérica”, *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona: 151-177.
- (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, Vol. 2, Valladolid.